

La voz y la búsqueda

por Jorge Urrutia

No se pretende que estas líneas sean la crítica de una obra de teatro, ni siquiera de un espectáculo, de una función. Son tan sólo impresiones de un espectador y, como tales, producto parcial de la sorpresa que la contemplación supuso. ¿Por qué esta advertencia inicial? Porque sirven de patente de corso para el articulista. Puede así éste hablar de lo que quiera, como quiera, desde dónde quiera. Sólo algo se impone: haber sido espectador, haber, pues, esperado algo. Y como la función se titulaba interrogativamente - ¿Qué hizo Nora cuando se marchó? - ha esperado una respuesta. La sorpresa de la contemplación debe resolverse con una doble respuesta, la del espectáculo, que responde a la inquietud expectante, y la contestación a la pregunta del título.

La sorpresa suele -al menos, deber ser también descubrimiento. Exactamente, producto de un descubrimiento y de su calidad, de su especie. La magia de la luz y de las sombras, del nuevo territorio que instituye la puesta en escena, imprime en la retina y, a su través, en la memoria, huellas de un haber sido, imágenes que tal vez debieron ser fugaces pero que, traidoras, permanecieron. Retina y tímpano como pasta moldeable y moldeada. Esas huellas son la respuesta. De ellas hablo.

La primera huella es voz. Viene de la voz que trasladó el verso. Laura y Diana -Rosa Vicente y Ana Diosdado- cruzan un diálogo en octosílabos admirablemente dichos, como hace mucho no he podido gozar en un teatro español. Nuestras compañías de teatro clásico siguen sin crear una escuela de dicción del verso en un país que ha perdido toda tradición recitativa; nuestros clásicos se hablan normalmente de forma lamentable. Era el lugar y el momento, en una representación propiciada por la ADE de mostrar cómo puede decirse el octosílabo con frescura sin

que el ritmo haga perder sentido sino que -al contrario y según debe ser- lo subraye.

La segunda huella es la de un personaje femenino que va delineándose, construyéndose fragmentariamente, esto es: con fragmentos de otros personajes, con monólogos y diálogos que le eran ajenos y, ahora compartidos, con cuerpo, voz, sentimiento y emoción a una sombra que llega al hades, al otro mundo, al mundo mágico de la escena. Sófocles, Shakespeare, María de Zayas, Pirandello, Brecht y Espriu hacen a Nora desde la otra Nora, desde la Nora del otro, de Ibsen. Son seis autores en busca de un personaje, en reverso irónico del título famoso.

¿Quién es Nora? podemos preguntarnos. ¿Es Nora la mujer desengañada de *Casa de muñecas* o es esta mujer, personaje de una nueva vida, vida que no es de ficción sino de la única realidad de la escena, que nace, para-

dójicamente ya adulta, ante nuestros ojos y muere sin morir cuando fallece la luz? Nora es, aquella y ésta, y todas, sólo voz, como nosotros únicamente somos expresión, acto y palabra, teatro al fin.

¿Qué hizo Nora cuando se marchó? ¿Cuando se marchó de dónde? ¿De la casa de muñecas o, ahora, de este escenario donde vivió noventa minutos sólo de larga y fecunda vida? Cuando se fue de Ibsen, Nora se hizo silencio para poder ser la voz de hoy, hermoso octosílabo a veces, voz prestada pues, construcción de todos o bien mostrenco. Al volver a marcharse, se deshace en el aire, cumple como todas las noches el milagro del personaje disuelto en el viento o en el actor, de nuevo hombre de carne y no hueso de aire. Nora no es sino las Noras, todas las Noras que no son sino una sola, única e irrepetible Nora. Como todos. Como usted. Y como yo.



De izquierda a derecha: Carmen Dólera (Lucela), Rosa Vicente (Ella/Laura) Ana Diosdado (Zayas/Diana) y Carlos Rodríguez (Cerberero/Julio). (Foto: Miguel Garrote-La Información de Madrid).